

SU PRIMERA COMUNION

Teresa de Los Andes, modelo de almas eucarísticas, ya de niña, solía ir a misa acompañada de su madre y de su tía Juanita, y al llegar el momento de la comunión, se encendía en deseos de recibir al Señor. Aunque contestaba acertadamente a cuantas preguntas le hacían sobre el tema, su madre no accedió a sus deseos porque la veía muy chica. Aunque contrariada por el retraso, Teresa dio gracias a Dios porque le sirvió para prepararse a conciencia durante todo un año para su Primera Comunión. Tanto interés puso en obedecer pronto y sin replicar, en vencer la pereza y en no pelear con sus hermanos, que llegó a modificar su carácter por completo. “La Virgen me ayudó a limpiar mi corazón de toda imperfección, asegura. Tanto que mi mamá estaba contenta al verme prepararme tan bien” (ver Diario 3 y 5).

El “día sin nubes” de su primera Comunión fue el 11 de septiembre de 1910. En el cap. 6 de su DIARIO nos dejó el relato emocionado de la ceremonia y otros pormenores de tan feliz acontecimiento.

Desde ese “primer abrazo de Jesús”, siempre que le fue posible comulgó Teresita diariamente. Así fue aumentando su “hambre” de comulgar, porque experimentaba que la comunión enriquecía y le daba luz, ánimo y fuerza para ser responsable y cumplidora. Que la hacía feliz. Que era su vida. Que, cuando no podía comulgar, se sentía desfallecida.

Por eso le dolía ver tanta falta de sensibilidad eucarística. “¡Como me apena pensar que hay tan pocas almas que saben apreciar lo que es comulgar!” (C 124). Y se convirtió en apóstol de la comunión frecuente. Apostolado oportuno y necesario entonces, porque en los ambientes piadosos predominaban las tendencias condenadas por la iglesia de los jansenistas, que negaban que la comunión es alimento robustecedor de la vida que nos infunde en el bautismo. Olvidaban que Jesús, “el pan de vida”, aseguró rotundamente que no tiene vida quien no come su Carne y bebe su Sangre, que son comida y bebida verdaderos (Jn. 6, 48-58). Los Jansenistas enseñaban equivocadamente que la comunión es premio de las almas perfectas. Por lo tanto según ellos, sólo muy pocos serían dignos de comulgar.

“Después de alimentarse con esta carne divina, ¿qué desfallecimiento puede sentir nuestra alma en el camino del deber?”, escribió Teresita. Por eso recomendaba tanto la comunión. Porque “la Iglesia de la Eucaristía vive”.

Carta 141: A Amelia Montt Martínez (octubre de 1919).

Esta cita es un extracto de la carta.

“Oh que bueno es este Jesús con esta pobre criatura. No quiere separarse de ella un momento. Busca en mi alma consuelo y reposo. Me ha asemejado a El haciéndome hostia. Sí. Una carmelita es hostia que lleva que lleva en sí a Jesús. Ella no obra. Es El. El la sacrifica, la inmola en silencio, como El se sacrifica y se inmola en el altar por el mundo entero. Ella siempre ora con Jesús en el altar; salva las almas. Pero mirando a Jesús. Ella derrama la sangre de su corazón negándose en todo. Todo lo ha sacrificado por Jesús.

Que feliz me siento cuando le puedo decir: “Todo mi ser te pertenece, Jesús mío. Mi corazón sólo debe amarte a Ti y amar las almas, porque ellas están teñidas con tu sangre. Al sacrificarme por ellas, solo me sacrifico por recoger tu sangre adorada, para que no se pierda. Así pues, salvo las almas, pero sin perderte de vista, mi Astro divino. Mi inteligencia, mi pensamiento, mi memoria te pertenecen. No tengo que conocer criaturas, ni estudiar ciencias humanas. Eres Tú mi Sabiduría, mi libro de Verdad eterna. Mi cuerpo lo venido también a inmolar, porque te amo y desde la cruz me enseñas a crucificarlo. Mi voluntad la he puesto en manos de mis superiores que representan tu autoridad divina. Nada puedo hacer sin permiso, ni aun recoger un alfiler. Los bienes temporales también los dejé por Ti y nada puedo poseer. ¿Qué me queda? Nada. He venido para desaparecer en Ti, Jesús mío”.

Mi hermanita querida, ojalá un día tú también le puedas decir otro tanto. Por ahora, lo único que te debe preocupar es conocer a Jesús para amarlo; pues si logras enamorarte de Él, sabrás más tarde seguirlo donde su voluntad divina te lo indique. Sólo te recomiendo una cosa, y es que consideres que, si vas a ser monja, vas a ser esposa de Jesucristo, y que el Esposo con la esposa deben ser tan unidos que solo formen un solo corazón. Así pues, donde tú creas conseguir mejor esta unión con Dios, allí debes irte. Para mí estuvo en la completa soledad, donde con mayor razón se alimenta la oración; y en la oración es donde el alma aprende a conocer a Jesús, y por lo tanto a amarlo. Y como el amor no puede consentir diferencia sino igualdad, resulta de él la unión que está en la semejanza. Además me parece que el trato con el mundo me hubiera impedido ese recogimiento continuo, esa presencia incesante de Dios en mi alma, que es lo que produce la unión.

La vocación de la carmelita es toda fundada en el amor. Ella nada admite sino el contemplar a Jesús. Si supieras como la fe es tan viva en ella... Tanto, que Jesús en el sagrario vive con ella como cuando estaba en la tierra. Ella sabe lo que ese

Dios la ama. Siendo su Creador se hace hombre. Es Verbo Divino, esa luz increada vivió treinta y tres años en las tinieblas. Jesús era Dios todopoderoso y se redujo a la impotencia en Belén, en la Cruz. El sintió el peso de nuestras miserias; el hambre, el frío, etc., hasta la muerte. Siendo Dios, Jesús sufrió el odio, la persecución, la traición, la hipocresía de los hombres. Y no creas que porque era Dios no sentía el pesar que esto le causaba. Era hombre como nosotros, hombre perfectísimo y, por lo tanto, su corazón era más noble, más tierno, más sensible que ninguno; pues todo lo humano en El era divino, infinito.

Amalo mucho, pero conócelo. En la Eucaristía está, vive ese Jesús entre nosotros; ese Dios que lloró, gimió y se compadeció de nuestras miserias. Ese pan tiene un corazón divino con las ternuras de pastor, de padre, de madre, y de esposo y de Dios... Escuchémosle, pues El dijo es “la Verdad”. Mirémosle, pues es El la fisonomía del Padre. Amémosle, que es el amor dándose a sus criaturas. El viene a nuestra alma para que desaparezca en El, para endiosarla. ¿Qué unión, por grande que sea, puede ser comparable a ésta? Yo como a Jesús. El es mi alimento. Soy asimilada por El. ¡Que dicha más inmensa ésta: estrecharlo contra nuestro corazón siendo El nuestro Dios!

Comulga bien y péntrate bien de la visita que recibes, del amor infinito, de la locura divina: que no sólo se hizo hombre como nosotros, sino pan. Después que comulgues, dile a Jesús –ese Dios que tienes prisionero en tu alma- que se quede contigo para que todo el día continúes amándolo y dándole gracias. Pídele a la Sma. Virgen te prepare con fe, humildad y amor para la comunión; que todos los momentos desocupados pienses en tu Dios que tienes dentro de tu alma. Mira a Jesús en los oprobios, y aprenderás a humillarte. Míralo obediente hasta la muerte, y aprenderás a obedecer. Míralo en el silencio de Nazaret donde permaneció treinta años, y aprenderás a estar recogida dentro de tu alma y en el silencio... Y así en todo.

A Dios. Acuérdate que eres su casita. Que tu alma no sea conocida sino por El y tu confesor. Tú indigna hermana”.

Teresa de Jesús, Carmelita.